

LECCION LIII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.

(SIGLO XVIII).

La Iglesia atacada: Voltaire.—Juicio de Dios contra Voltaire.—Rousseau.—Juicio de Dios contra Rousseau.—Voltaire y Rousseau juzgados uno por otro.—Juzgados por sí mismos.—La Iglesia defendida: Bergier, Nonnotte, Bullet, Guénee.—Consolada: madama Luisa de Francia.

Airado por las conquistas que la Religion llevaba á cabo en las extremidades del globo, el infierno puso nuevo ahinco en aniquilar la fe en Europa, y especialmente en Francia. Una liga de hombres sabios, conocidos con el nombre de filósofos, iba urdiendo la horrible trama de exterminar la religion de Jesucristo; y poniendo chicos y grandes manos á la obra, escudriñan unos las entrañas de la tierra, consultan otros las estrellas, comparan aquellos los anales de los antiguos pueblos, forman éstos nuevos cálculos, y todos á una se esfuerzan á poner la Religion en descubierto y en contradiccion con las ciencias naturales, las tradiciones de los pueblos y los monumentos de la historia. Derrámanse libelos como lluvia, predicase en todos los acentos incredulidad y desenfreno; el hombre se hace carne, y cual en los tiempos que precedieron al diluvio, el espíritu de Dios, no pudiendo ya reposar en él, se dispone á retirarse.

Entre los sujetos cuyo nombre debe pronunciarse con horror por los tremendos azotes que su malicia atrajo sobre nuestras cabezas, dos particularmente merecen ser designados para que hasta los niños aprendan á conocer el veneno de sus doctrinas, á saber, Voltaire y Rousseau. Doblemente criminales, como apóstatas de la fe y como profanadores del talento, por lo escandaloso de su vida se constituyeron ya adversarios de la Religion y apóstoles de la incredulidad; porque, téngase presente, ésta nace siempre en el lodo y no tiene otro apoyo que el libertinaje, para gran mengua suya; al paso que vos, ¡oh religion católica! nunca habeis tenido por enemigos sino á aquellos hombres que á toda alma noble repugnan.

¡Oh jóvenes, que jurais por la palabra de Voltaire y de Rousseau! ¡oh ancianos, que guardais sus obras en vuestras librerías! venid: yo voy á descubrirlos toda la ignominia da vuestros maestros, toda la bajeza de vuestros ídolos.

Francisco María Arouet, llamado de Voltaire, nació en Chatenay, cerca de París, el año 1694. Hijo de un antiguo notario, fué educado en el colegio de Jesuitas de la capital, pero la temeridad de sus opiniones alarmó luego á sus preceptores, uno de los cuales le dijo que seria el abanderado de la impiedad; prediccion siniestra harto justificada por los sucesos. A los diez y seis años salió del colegio, y mientras cursaba jurisprudencia, empezó á frecuentar las reuniones mas elegantes y corrompidas. Habiendo tenido disensiones con su padre, éste se decidió á enviarle á Holanda en calidad de secretario de embajada; mas apenas llegado á La Haya, mereció por su desenfreno que le despidieran otra vez para su casa. Al objeto de volver en gracia de su padre, hubo de ponerse á escribiente en casa de un procurador; mas tambien fué despedido en breve por su holgazanería y su ninguna aficion á la carrera del foro.

Mal hijo, fué asimismo mal ciudadano. En el año 1715 algunas palabras que rayaban en insultantes le valieron ser abofeteado por un antiguo actor en los corredores mismos del teatro, y poco tiempo despues un oficial, á quien habia calumniado, le señaló la cara de una estocada.

Mal hijo y mal ciudadano, fué tambien indigno vasallo. Al fallecer Luis XIV, llovieron contra este Monarca rastreras é indecentes sátiras, y Voltaire, autor presunto, y con motivo, de una de ellas, fué á purgar su demasia en un calabozo de la Bastilla. No bien recobró la libertad, tuvo que huir de París, como complicado en un complot que abortó, y habiéndose retirado á Sully, sus desarreglos le dieron á conocer luego.

Estuvo despues una temporada en Holanda, pero llevado de su espíritu inquieto volvió á París, donde recibió una soberbia paliza de mano de los lacayos de cierto magnate á quien zahiriera; y luego de parte de la autoridad seis meses de reclusion en la Bastilla, y la orden de salir de Francia, acabado el encierro.

Así pues Voltaire, á la edad de treinta y un años, habia sido arrojado de la casa paterna, de la del procurador su principal, de Holanda y de París; abofeteado por un cómico, herido por un oficial,

apaleado por unos lacayos, y despues de purgar dos veces sus culpas en la Bastilla, expulsado de Francia por remate. ¡Filósofos, admirad la conducta de vuestro apóstol!

Fuera ya de la Bastilla, trasladóse á Inglaterra, llena entonces de *espíritus libres* que trabajaban como de consuno en socavar los cimientos del Cristianismo. En Lóndres publicó la *Henriada*, engañando al editor de su obra, el cual reiteró en las espaldas del vate la correccion fraterna administrada tres años antes por los criados del caballero de Rohan. Este *doloroso* percance le obligó á pedir el permiso de volver á Francia, el que obtenido, fué á vivir en un arrabal de París oscuramente y casi oculto, ocupado solo en trabajos literarios y en pecuniarias especulaciones, una de las cuales, la empresa de suministros del ejército de Italia, le valió una renta de ciento sesenta mil libras: ¡pobrecito!

Denunciado al guardasellos con motivo de la apoteosis de cierta cómica, que no es mas que una no interrumpida série de impertinencias contra la Religion y sus ministros, y contra el reino en general, se refugió en Ruan, donde permaneció siete meses escondido en la casa de un librero, á quien en recompensa arruinó poco tiempo despues por medio de una estafa digna de presidio.

Lo que resta de su vida es digno de tales antecedentes, reduciéndose á una série de escándalos, crápulas, impiedades, rastrerías con los grandes, hipocresías y sacrilegios, y por remate una muerte horrible. Habíase retirado el criminal escritor á Ferney, cerca de Ginebra: desde allí lanzaba contra sus enemigos y contra la Religion y el Gobierno millares de libelos y diatribas, donde á la par campean el virulento fanatismo del patriarca de la filosofia moderna, y el repugnante descaro y cinismo del hombre embrutecido. «Mentid, compañeros, mentid sin rebozo, decia á sus acólitos, siempre quedará de ello alguna cosa... Me importa poco que me crean, con tal que se lean mucho mis obras.»

En 1778 obtuvo permiso de volver á París, y en esta ocasion su regreso fué un verdadero triunfo. ¡El triunfo de Voltaire! ¡malas estarian las ideas! ¡Estas dos palabras, que llenan de terror y vergüenza, este triunfo del cinismo, de la impiedad y de todos los vicios personificados, al mismo tiempo que revelaba el estado de la sociedad francesa en aquella época, presagiaba la inaudita catástrofe que quince años despues debia ensangrentar á la nacion, y la mengua sin ejemplo de un pueblo, considerado el primero del mun-

do, que prostituiria su incienso á lo mas soez de los criminales, al infame Marad!!! Sin embargo, el Dios vivo, ultrajado durante setenta años por el mas ingrato de los hombres, iba en breve á tomar su desquite.

Frisaba ya Voltaire en los ochenta y cuatro años. Algunos dias despues de su ovacion tuvo un vómito de sangre, lo cual no le impidió recibirse francmason: pero la medida estaba ya colmada; iba á dar la hora de la divina justicia. Nótese de paso que la muerte del *abanderado de la impiedad* tanto fué mas significativa, cuanto el primer acceso de su mal postrero recayó en el tiempo en que se prometia el triunfo del Ateismo. Sus mismos parciales dieron á luz la carta en la que escribia á D'Alembert estas palabras: «De aquí á veinte años ya estará Dios bien divertido.» Esta profecía blasfematoria lleva la fecha de 25 de febrero de 1758: el vómito de sangre que le condujo á la tumba ocurrió precisamente el dia 25 de febrero de 1778; esto es, veinte años despues, dia por dia. La violencia del mal le hizo desmentir al punto su profesion de incredulidad: el hombre ateo, cínico y burlon por excelencia, al ver la cara de la muerte, llamó á uno de aquellos sacerdotes á quienes tan torpemente ultrajara y calumniara en sus escritos, el abate Gauthier, vicario de San Sulpicio; postrado á los piés del mismo, le confesó sus faltas, y arrepentido puso en sus manos una retractacion auténtica de las impiedades y escándalos que habia escrito, declarando particularmente que moria en el seno de la religion católica. Pareciendo sospechosa esta profesion de fe de parte de un hombre que ya habia hecho otras semejantes, el cura de San Sulpicio quiso verle, pero los amigos de Voltaire lo impidieron, para que *no diera otra zambullida*, como dijo uno de ellos; y como no le abandonaban un momento, hicieron inútil el celo y la caridad del buen cura.

Entre tanto el inveterado criminal llegaba á los umbrales de la eternidad. Quizás se habia lisonjeado de completar la grande obra de su reconciliacion con Dios, pero la muerte se anticipó á los últimos auxilios. Horrendos temores asaltan al filósofo: «¡Estoy dejado de la mano de Dios y de los hombres!» grita con voz horrisona; y si bien invoca al Señor de quien blasfemara, parece que medio siglo de sarcasmos vomitados contra la Religion han agotado la paciencia del Eterno. El sacerdote no llega; mientras tanto el enfermo, presa de los furores y convulsiones de la desesperacion, lívido, tiritando de

espanto, con la vista azorada se agita, se revuelca, se retuerce, se desgarrá y devora... hasta sus excrementos! Aquel infierno, de que tanto se burló, lo ve ya abrirse delante de sí, y estremecido de horror, su último suspiro es el estertor frenético del réprobo.

¡Estoy dejado de la mano de Dios y de los hombres! Estas congojosas palabras, y el ademan y acento con que fueron pronunciadas, llenaron de terror al célebre Tronchain que asistió á Voltaire en su última enfermedad. «Figuraos, dice este médico protestante, testigo de tan horrible muerte, figuraos toda la rabia y el furor de Orestes, y apenas tendréis una débil imágen de la rabia y el furor de Voltaire en su última enfermedad.» «Muy útil fuera, repetía á menudo, que nuestros filósofos hubiesen presenciado el remordimiento y las iras de Voltaire, porque esta es la lección mas saludable que podrian recibir los que han sido corrompidos por sus escritos.» El mariscal de Richelieu, habiendo asistido igualmente á tan lastimoso espectáculo, no pudo menos de exclamar: «Eso es demasiado; no puede aguantarse.» Así murió el patriarca de la incredulidad, el día 30 de mayo de 1778.

Mientras Voltaire corrompia á la juventud y hablaba á los talentos superficiales, Juan Jacobo Rousseau se dirige á los hombres que blasonan de reflexivos y que entonces se apellidaban pensadores y espíritus fuertes. Como protestante, desarrolló y aplicó á la sociedad los dañosos principios de la Reforma, y como impío, incrédulo y disoluto, fué digno de figurar entre los enemigos de una religion que condena todos los vicios y prescribe todas las virtudes.

Nació Rousseau en Ginebra el año 1712. Los primeros años de su edad los pasó leyendo novelas, hasta que su padre, relojero de profesion, lo puso como pensionista en casa de un ministro protestante, donde solo recabó aprender un poco de latin y contraer perversas costumbres. Colocado como dependiente del canciller de Ginebra, fué despedido por inepto. Estuvo luego de aprendiz con un grabador, donde la pereza, la mentira y el robo fueron sus vicios familiares, segun él mismo confiesa. Habiendo pasado á Saboya, un caritativo eclesiástico le proporcionó recursos para trasladarse á Turin, en cuya ciudad instruido en la religion católica, dos meses despues abjuró el Protestantismo. Como esta pretendida conversion le valiese solo unos cuatro duros, entró de lacayo en casa de la Con-

desa de Vercelles; mas acusado de un latrocinio, que injustamente acriminó á una doncella, fué á servir al Conde de Gouvon camarero mayor de la reina de Cerdeña, cuyas bondades pagó con insolencia y comportamiento tal, que otra vez fué despedido.

Privado de recursos y valimiento, hácese el santurron, y logra embaucar á una pobre señora que le prodiga oficios de madre. Por su consejo ingresa en el seminario, al objeto de seguir la carrera eclesiástica, pero al cabo fué tambien despedido por su ineptitud. No sabiendo qué hacer de su persona, recorrió la Suiza asociado á un pretendido obispo griego que recaudaba limosnas para el Santo Sepulcro, y con tan honrada compañía le echaron el guante en Soleura, dándole forzado retiro en un calabazo.

Lastimado de su situacion el embajador de Francia le proporcionó medios para llegar á París. Allí se vió reducido á los últimos apuros, y no pudiendo mantenerse, acomodóse como pedagogo con Mr. de Mably, gran preboste de la ciudad de Lyon, á quien birló su buen vino de Arbois y lo apuró con delicia siguiendo embebido en sus novelas. Despues de otros actos no menos honrosos, y de una breve excursion á Italia, regresó á París en 1745 para entregarse á un libertinaje público, llevando por espacio de veinte y cinco años una vida la mas escandalosa, á la faz de la Europa. Juntó al libertinaje la impiedad, pues si antes habia dejado la secta de Calvino por la religion católica, despues, vuelto á Ginebra, abandonó la religion católica por la secta de Calvino.

Su obra principal, el *Emilio*, fué censurada por la Sorbona, condenada por el arzobispo y por el parlamento de París, y quemada en la misma plaza de Ginebra por mano del verdugo. Huyendo de las autoridades de Francia y Suiza, refugióse á Inglaterra; pero viéndose mal acogido y abrumado de disgustos, logró tras muchas instancias el permiso de volver á París con la condicion de que no escribiría sobre materias de religion ni de política. Último rasgo para que se forme cabal juicio de este nuevo patriarca de la filosofia: ese Rousseau, que con tan fuerte acento recalaba sobre la ternura maternal y sobre los deberes de los padres hácia sus hijos, relegaba friamente á los suyos en el hospital de Expósitos. Cual la vida, tal la muerte: segun todas las probabilidades acabó por asestarse un pistoletazo, despues de tomar una dosis de veneno, corriendo el año de 1778.

Hé aquí, filósofos de nuestros días, hombres irreligiosos de todas clases y matices, lo que fueron Voltaire y Rousseau, vuestros dos apóstoles, vuestros dos evangelistas, vuestros dos santos. los autores de cuanto hemos visto ¹ y de cuanto vemos todavía. Ea, imitad á vuestros padres, postraos ante estos dos hombres, y decid, si os atreveis: *yo quisiera parecerme á ellos!!!* Pero no; antes de resolveros, no será malo los conozcais á fondo, no de voz pública, sino por su propia boca. Venid, pues, conmigo á Ferney, á Ginebra; prestad oído á las lindezas que mutuamente se regalan, y por la estimacion que hacen uno de otro, aprended á regular la vuestra.

Voltaire escribe á Rousseau que es un prófugo de Ginebra, un quidam que asaz ha hecho de las suyas, un canalla, un pícaro redomado, un charlatan ambulante que reúne á los ociosos en el Puente Nuevo; un orate de aldea que escribe impertinencias dignas del hospital de Bicêtre, un chisgarabís parlero cuyas atroces chabacanadas pasan por elocuencia entre mujercillas; un hipócrita, enemigo del género humano; un gozquecillo ruin y rencoroso; un hosco energúmeno finchado de orgullo y destilando hiel; un patán, un impío, un ateo, un botarate que estaria bien en una escala y mereceria la horca por haber compuesto libros abominables; hombre sin fe y sin religion. Todo esto para Rousseau: su esposa es tambien una viejaza infame cuyas manos de arpia han sido mordidas por los perros del infierno.

¡Vaya, señor Voltaire, que los pone V. como nuevos! y sin embargo, ¿no era V. mismo, escritor insigne, modelo de pulcritud y de gusto, el que decia: «En una conversacion de personas decentes, cada cual emite su parecer sin injuriar á los demás; ilustra, «pero no insulta?» V. sin embargo injuria é insulta, luego no es V. un... No quiero concluir.

Menos hábil en el arte de los piropos, Rousseau replica á Voltaire atacando sus escritos en estos términos: *Alma ruin, en vano tratas de envilecerte á ti misma: la lúgubre filosofía que profesas es la que te iguala á las bestias, pero tu ingenio declara contra tus principios, y el mismo abuso que haces de tus facultades prueba su excelencia á despecho tuyo.*

¹ Voltaire no vió todo lo que hacia, pero hizo todo lo que nosotros vemos, escribía en medio de las ensangrentadas ruinas del trono y de los altares el filósofo Condorcet, admirador y discípulo de Voltaire. ¡ Algunos meses despues hubiera podido escribir esta frase desde el patíbulo, á donde, como á otros muchos, le condujeron las doctrinas de su digno maestro !

De consiguiente, si preguntais á Voltaire quién es Rousseau, os responde *que un canalla, un tunante, un perro, un charlatan ambulante.* Si á Rousseau quién es Voltaire, os dice *que una alma ruin, igual á las bestias.*

¿Quereis algo todavía mas original y menos sospechoso? Escuchad á Voltaire y á Rousseau haciéndose justicia á sí mismos y á sus escritos. Voltaire dice: *He perdido el tiempo de mi existencia componiendo un enorme fárrago, cuya mitad por lo menos no debiera haber visto la luz.* Rousseau dice á su vez: *Sostener y probar á un tiempo el pro y el contra, persuadirlo todo y no creer nada, tal ha sido siempre la ocupacion favorita de mi espíritu. No puedo mirar mis libros sin estremecerme, pues corro, en vez de instruir; enveneno, en vez de alimentar; la pasion me extravía, y en medio de mis bellas disertaciones, no paso de ser un malvado. Solo deseo un rincon de tierra donde pueda morir en paz, sin tocar ya papel ni pluma.*

Tales son Voltaire y Rousseau, los dos mejores prototipos que el Filosofismo puede oponernos. ¡ Oh Dios de toda santidad, de toda pureza, de todas las virtudes! ¿Serán estos hombres los que habréis escogido por representantes vuestros en la tierra, por intérpretes de vuestras santas verdades y por preceptores del género humano, condenando al mismo tiempo como erróneo cuanto de mas virtuoso, ilustrado y semejante á Vos haya existido entre los mortales? Preguntaréisme acaso, ¿cómo se explican los elogios y la admiracion fanática de que Voltaire y Rousseau fueron objeto? No es difícil la respuesta: *Ellos decian en alta voz lo que su siglo pensaba, y su voz impura era eco de todos los corazones corrompidos que llenaban el mundo.*

Tantos escándalos requieren una expiacion, y tantos ataques una respuesta categórica: dieron la respuesta, por cierto irrefragable, ilustres apologistas, cuales Bergier, Nonnotte, Bullet, Guénée; en cuanto á la expiacion, ofreciôla singularmente una ilustre victima que atrajo sobre sí las miradas de toda la Europa.

En las gradas del trono mas hermoso del mundo naciera una princesa, idolo de la corte por sus brillantes cualidades, delicia de su madre por su inocencia y adorado objeto de sus hermanas por su viveza y bondadoso carácter: llamábase madame Luisa de Francia, hija de Luis XV; pero súbitamente, en la flor de sus años, en el momento en que se desplegaba á su vista un largo porvenir de